

Proposición de brindis

Por **Jaume Melendres**

Es cierto, colegas, que tardamos mucho. Cuando todo el mundo estaba asociado -los protésicos dentales, los empresarios de huevos y volatería, los patrones de yate, los auxiliares de la función notarial o los torrefactores de café, por tomar sólo algunos ejemplos de un listín telefónico antiguo-nosotros, directores de escena, todavía permanecíamos aislados. ¿Tal vez porque nos considerábamos los verdaderos creadores del teatro y, de acuerdo con la teoría romántica, los artistas deben fundar movimientos pero no colegios o sindicatos?

Sea como sea, al fin lo hicimos, al fin seguimos el ejemplo de los poetas. La verdad es que fuerón más listos que nosotros. Ya en el siglo XVIII se dieron cuenta de que el nuevo orden económico llamado capitalismo iba a introducir profundos cambios en la vida teatral porque se basaba en la división a ultranza de todos los trabajos. Lo primero que hicieron, con Beaumarchais al frente, fue modificar su forma de escribir, añadiendo a sus textos esas acotaciones de autor que tanto nos disgustan a nosotros, los directores de escena, porque parecen destinadas a coartar nuestra insobornable libertad, pero que no son otra cosa que el desesperado -y elegante-intento por mantener el control sobre el sentido último de sus obras: algo así como disposiciones "testamentarias" de quienes -a diferencia de Shakespeare o Molière-, sabían que se habían convertido en meros suministradores de materia prima dramática, sujeta a posteriores manufacturas. Hasta entonces, los pintores fabricaban sus colores. Estaba claro que, en el futuro, los fabricarían unos profesionales y los artistas los combinarían: se había consumado la separación (¿definitiva?) entre dos funciones -la de escribir, la de escenificar- que durante siglos habían recaído en las mismas personas porque eran consideradas como momentos sucesivos de un mismo proceso.

Pero pronto los poetas constataron que las didascalias no servían para casi nada, salvo para ser ignoradas por quienes habían de aplicarlas. Y entonces fundaron las Sociedades de Autores a fin de garantizar -al menos- la defensa de sus derechos materiales. Como nosotros, sólo que con muchos años de adelanto.

El nacimiento de la ADE es, positivamente, el triunfo del principio de realidad: reconoce que los escenificadores también vendemos nuestra fuerza de trabajo a un empresario, que también somos sujetos de derecho y de obligaciones fiscales con independencia de nuestro mayor o menor talento. Pero, al mismo tiempo, nuestra existencia confirma y consolida la parcelación artística del campo teatral. Por una parte, están los autores, con sus arriesgados privilegios porcentuales. Por otra, los actores con sus convenios colectivos. Y por otra, en fin, los directores, que todavía dudamos entre ambas

opciones porque tenemos dudas sobre nuestra verdadera identidad. Tal vez, en un futuro próximo, se agruparán los escenógrafos, los iluminadores. En este mosaico, no sólo somos oficios diferentes, sino que además nos constituimos en asociaciones singulares para defender intereses distintos, a veces contrapuestos, frente a un enemigo común: la empresa -pública o privada, tanto monta- que es, a fin de cuentas, la gran beneficiaria de la parcelación asociativa de un territorio artístico antaño comunal. Somos cara y cruz de la misma moneda.

Así pues, colegas, propongo que en esta celebración de nuestro décimo aniversario brindemos también para no tener que celebrar, en el año 2082, nuestro primer centenario: para que la ADE se diluya algún día, tal vez remoto todavía, en una nueva asociación -la ACT, Asociación de Creadores Teatrales-, capaz de restituir la perdida unidad de nuestro cuerpo, hoy escindido en vasos escasamente comunicantes.

